



TALLER DE TÉCNICAS NARRATIVAS PARA BACHILLERATO

Comentario y análisis de cuatro relatos cortos

31



Carlos Pérez Torres



JUNTA DE ANDALUCÍA
Consejería de Educación
Delegación Provincial de Málaga

TALLER DE TÉCNICAS NARRATIVAS PARA BACHILLERATO

Comentario y análisis de cuatro relatos cortos

Carlos Pérez Torres

Escritor

*Profesor coordinador del Plan LyB
en el I.E.S. «Christine Picasso» (Málaga)*



Servicio de Ordenación Educativa
Asesoría de Publicaciones
Dirección Editorial:
José García Guerrero
jose.garcia.ext@juntadeandalucia.es



Primera edición: febrero 2008

SEPARATA:

TALLER DE TÉCNICAS NARRATIVAS PARA BACHILLERATO

Comentario y análisis de cuatro relatos cortos

- © Carlos Pérez Torres
- © Boletín «Libro Abierto» de información y apoyo a las bibliotecas escolares de la provincia de Málaga
Junta de Andalucía. Delegación Provincial de la Consejería de Educación en Málaga
Avda. de la Aurora, 47. Edif. Servicios Múltiples. 29071 Málaga
Tel: 951 03 84 43

Diseño gráfico: Antonio Abad
Ilustraciones: Pérez Almeda

Depósito Legal: MA-852/2003
ISSN: 1696-7895
Imprime: Imagraf. Málaga

Impreso en España
Printed in Spain

Sumario

Aproximación a la literatura. Por qué a través del relato, y por qué en o desde la biblioteca escolar	7
Cuatro relatos	
• Añoranza de Lady Marian	13
• Blues del hampón	27
• Esperanza perdida	35
• El Quede y el Malaguita	43
ANEXO	
Comentarios a los textos	57
Actividades	61

Aproximación a la literatura

Por qué a través del relato, y por qué en o desde la biblioteca escolar



Según las previsiones del Plan Lector de nuestro instituto (un centro de ESO sin líneas de Bachillerato), una vez por semana desarrollamos la actividad que hemos llamado «Miércoles Literarios», que consiste sencillamente en que alguno de los profesores del equipo de apoyo a biblioteca lea, ante los alumnos que voluntariamente asistan en tiempo de recreo, un texto literario escogido previamente (seleccionado casi siempre de entre los fondos disponibles en nuestra biblioteca). Es un modo de aplicar la teoría comúnmente aceptada de que el modelo de un adulto que vive un momento gratificante, interesante, diferente... a través de la actividad lectora, seguramente tendrá un efecto benéfico, al menos en la adquisición del hábito lector y de la afición por la literatura, y también –particularmente si el adulto en cuestión no es cualquier persona, sino que pertenece a los ámbitos familiar o escolar del alumno, y es por tanto significativo en el proceso de su educación–, probablemente, abrirá nuevas puertas a la propia creación literaria por parte del alumno, facilitando la posibilidad de que, una vez más, de la creación de ambientes lectores se derive la creación de ambientes escritores.



Naturalmente, y desde enero de 2006 en que iniciamos esta práctica, los «Miércoles Literarios» han desembocado con alguna frecuencia en comentarios (improvisados o provocados y previamente sistematizados) de los textos leídos por parte de los asistentes, y esto a su vez ha dado pie a posteriores «clubes de lectura» o «talleres de creación literaria». Sin embargo, cada vez percibimos con más claridad que debemos ceñirnos en el estrecho marco de la media hora del recreo no a fragmentos narrativos o dramáticos, sino a obras íntegras, tal como se solicita cada vez con más fuerza por parte de distintos autores que pretenden aportar un nuevo impulso y un enfoque moderno a lo que denominan «la educación literaria» en los centros de enseñanza.

Podría pensarse que el género de la poesía se presta bien a esta práctica porque cada poema es una obra acabada, con una motivación inicial determinada y una construcción estilística al servicio de las intenciones del autor, y es indudable que el espacio de treinta minutos permite la lectura y el posterior comentario con cierta profundidad de al menos dos o tres poemas. Tal vez la clave de que, en nuestra experiencia, no acabe de funcionar se deba a que todavía el alumnado de ESO no es receptivo a la poesía en la medida en que puede serlo el de Bachillerato, y al hecho de que la poesía requiere una predisposición especial e intenta una sintonía de sensibilidades que no es fácil conseguir en poco tiempo, entre un bloque de clases y el siguiente.

En cambio, hemos descubierto que el género cuentístico, por su extensión e intensidad, es muy apropiado para introducir a los estudiantes en el placer de la lectura y en la complejidad y riqueza del fenómeno literario. La narrativa puede transmitir sentimientos, pero además cuenta cosas, y lo hace normalmente desde un lenguaje más asequible que en la poesía, menos ampuloso. Las acciones y peripecias de los personajes, si los relatos están bien elegidos, consiguen con asombrosa inmediatez y gran facilidad captar la atención de los alumnos que suelen acudir al reducto de tranquilidad y concentración que es la biblioteca para apreciar en silencio lo que alguien les lee.

En el caso del alumnado de Bachillerato, todos sabemos que acertar con las recomendaciones de lectura contribuirá en gran medida al afianzamiento de la personalidad de aquellos jóvenes que sepan hacer confluír valores éti-



cos y estéticos en la experiencia lectora, y en cambio, obligarles a leer determinadas novelas, por ejemplo, que no lleguen a interesarles, puede condenarlos a la aversión por la literatura. En este sentido, quiero hacer notar que es justo reclamar atención para el relato corto considerándolo no como un hermano menor de la novela, sino como un género propio. El relato corto (prefiero esta denominación por las connotaciones de la palabra «cuento») es un género difícil que tiene sus características bien definidas, donde los elementos clásicos de introducción, nudo y desenlace han de disponerse de modo tal que al final pueda obrarse en el lector –o el oyente– la misma catarsis que con una obra teatral, puedan producirse los mismos descubrimientos que en una novela, pueda transmitirse la misma emoción que con un poema.

Tenemos que combatir los bajos índices de comprensión lectora y al mismo tiempo intentar consolidar de nuevo el crédito de la literatura, al mismo nivel al menos que una vez tuvieron las obras de pensamiento y creación en un marco de mayor apreciación general por las humanidades. Considerando la mayor maduración de los estudiantes de Bachillerato y la posibilidad de trasladar a las aulas muchas de las iniciativas surgidas en el seno de las bibliotecas entendidas como centros dispensadores de recursos y promotores de ideas, ambos objetivos se pueden afrontar utilizando los textos que se presentan en esta separata del boletín Libro Abierto. Las sugerencias didácticas que se incluyen tras el texto de los relatos pretenden ayudar a los profesores a explicar muchas de las claves de las técnicas narrativas en temas esenciales como el punto de vista, la caracterización de los personajes, el tratamiento del tiempo o los recursos estilísticos. Se ofrece también la posibilidad de un encuentro en la biblioteca con el autor que contribuiría a desvelar el porqué de las diversas soluciones adoptadas en los cuatro relatos a los temas enunciados anteriormente.

Estos relatos no asumen ninguno de los presupuestos tópicamente aceptados como propios de la literatura infantil o juvenil, sino que fueron pensados para un lector adulto, lo cual me mueve ahora a plantear las actividades para su explotación con alumnado de Bachillerato.

Como escritor, del relato me interesa la precisión al servicio de la intensidad, el modo en que las palabras pueden actuar como una lupa de aumento



que se colocara sobre una imagen, un detalle o un acontecimiento significativo, proyectando la inteligencia y la sensibilidad del lector hacia algo mucho más general, más trascendente y alejado de la anécdota.

Como profesor, estoy convencido de que a través del relato (un género que, como ha quedado dicho, requiere un dominio especial en el tratamiento del ritmo narrativo, y que cuenta con una nómina notable en número y calidad de cultivadores en las literaturas española e hispanoamericana) se puede proponer una alternativa o un complemento para el programa de lecturas obligatorias del alumnado de Bachillerato, practicando un método de análisis y comentario de textos que se aleje de la superficie y profundice en la construcción literaria.

La impaciencia característica de muchos de nuestros jóvenes (también consustancial al ritmo de vida acelerado propio de nuestra sociedad actual) es otro factor que juega a favor de esta posibilidad, pues un buen relato puede degustarse de una sentada, en pocos minutos, propiciando a veces un hallazgo grande a partir de un elemento pequeño, y haciéndonos atisbar lo universal desde lo concreto, lo cercano.

Por último, la insistencia con que diferentes disposiciones de la legislación educativa actual vienen señalando la obligatoriedad de incorporar un tiempo dedicado a la lectura en la práctica docente en todas las etapas de la educación secundaria supone una invitación a contar con el formato del cuento (en este caso, alternándolo con fragmentos de otros géneros literarios, además de la utilización de muchos otros tipos de textos no literarios) porque su extensión permite la iniciación posterior al coloquio y a la valoración crítica, y porque su misma naturaleza, en muchas ocasiones misteriosa y desconcertante, poética y sugeridora, o directamente provocadora y polémica, facilita el enlace con otras actividades didácticas, particularmente de expresión oral (debates, dramatización de escenas o diálogos, etc.) y escrita (ejercicios de síntesis, o de creatividad con nuevos finales, etc.).



Cuatro relatos

Añoranza de Lady Marian

I

Letras nunca había llegado tan lejos en un campeonato universitario de fútbol. Habíamos eliminado a Derecho y nos enfrentábamos a Medicina en la final, también a doble partido. Teníamos que remontar el 1-0 en la ida, y aunque ganamos la vuelta por 3-2, el valor doble de los goles conseguidos en campo contrario les dio a ellos el título. Fue una pena porque estuvimos a punto, con un penalti a favor faltando cinco minutos para terminar, que podría haber sido el 4-2 y la gloria. Yo fui quien tiró el penalti, y lo fallé, pero no me importó en absoluto, porque aquel mismo día fue cuando conocí a Patricia.

Unos segundos antes de fallar el maldito disparo fue cuando la vi por primera vez. Yo ya había retrocedido unos pasos y estaba concentrado, esperando el pitido del árbitro, y entonces sonó una voz tintineante, alegre, diáfana como un día claro, que me gritaba desde la banda derecha:

—Dale, Mostovoi.

Giré mi cuello para mirar y la vi, absolutamente esplendorosa, con los puños cerrados y dando botecitos sobre su asiento, destacando con su brillo, radiante e infantil, en medio de la pequeña masa gris que componía el escaso



público que seguía el partido desde aquel lado. Al cruzarse nuestras miradas, su voz cristalina todavía añadió algo mientras enarcaba las cejas y asentía con la cabeza como enfatizando su deseo de que fuera gol:

—Por la escuadra.

Algo extraño me ocurrió, sin duda. El pitido me pilló, digamos, fuera de juego, y en la corta carrera hacia el balón decidí cambiar la dirección del chut, sólo para satisfacer a aquella belleza que me animaba desde la grada, y que de pronto pasó a tener más importancia que todo lo demás. Golpeé el balón tan bajo y tan fuerte que lo mandé a las nubes, y dudo que hubiera entrado aunque hubieran situado el palo del larguero a cuatro metros del suelo.

Hoy me acuerdo especialmente de ella, como siempre que llueve tanto, y ojalá también ella se acuerde de mí, porque según el boletín meteorológico internacional, hoy se esperaban fuertes lluvias en todo el norte de Italia. Me imagino nuestros paseos por la Plaza del Duomo, posando sonrientes con la fachada gótica de fondo para la fotografía, su pizza y mi spaghetti en cualquier *ristorante* romántico... Pero sé que eso no ocurrirá nunca. La conozco muy bien, y sé que correr a su lado sería perder de golpe todos los puntos que tanto me ha costado ir coleccionando. La realidad nunca es como en el final de las melodramáticas películas americanas, así que tendré que conformarme con que ella me escriba eso de «Caro Pedro mío», como en el encabezamiento de la carta de ayer, y firme después de «Ti voglio bene». Una carta después de dos años sin noticias, y gracias. Desde la distancia, sigue consiguiendo que yo haga lo que ella quiere, como cuando vivíamos juntos y yo bromeaba, sumiso y enamorado, alterando los elementos del tópico al uso con tal de verla sonreír:

—Tus órdenes son deseos para mí.

Quién sabe si dentro de otros dos años no se habrá trasladado, qué digo yo, a París, por ejemplo, para añadir más glamour a la ciudad de la luz, y entonces me mandará una carta que comience «Mon cher Pedro»; o tal vez haya vuelto a sus bosques de Sherwood, y entonces me mandará postales desde Nottingham que empiecen «My dear Pedro», o mejor, «My dearest...».

Cuando emprendíamos aquellos debates nuestros que no eran sino discusiones de mentira, ocasiones que nosotros mismos propiciábamos para enzarzarnos dialécticamente con algún asunto, podían aflorar cuestiones de sociología, filosofía, arte..., y me encantaba esa forma de pasar la tarde argumentando y bromeando, y ella de pronto se ponía cariñosa y me abrazaba, o risue-



ña y lucía aquella sonrisa suya que hacía que avanzara el mundo, o soñadora, nostálgica, mística, trascendente. Decía que de mí le interesaba todo aquello que se apartaba de la vulgaridad, así que yo intentaba siempre ser original, interesante, ingenioso. No era ningún trabajo porque ella era, desde luego, encantadora, sensible y voluble, una personalidad libre.

Una de aquellas amables discusiones la tuvimos a propósito del fútbol, un tema que en sí mismo, como deporte, apenas si le interesaba, pero que le gustaba analizar por su tremendo poder de convocatoria. También aquí, decía ella, yo me apartaba de la masa, porque siendo malagueño, lo normal era buscar la identificación con el equipo local, o con los poderosos, de modo que no entendía bien mi condición de seguidor del Celta de Vigo, y me preguntaba por mis razones con un interés digno de empresas menos frívolas. La primera vez que lo hizo, conocedor como yo era de su fascinación por los temas históricos, le dibujé un panorama cercano a una teoría retocada de la revolución del proletariado: a mí me gustaba estar cerca de los modestos, que los clubes fueran construyendo sus posibilidades de crecer en torno a la calidad del fútbol que practicaban y a la ilusión que fueran capaces de aglutinar, que había que derrotar a los poderosos representantes del capital con un presupuesto mucho menor, que no tenía mérito ni épica ser del Madrid o del Barça porque eran los que ganaban siempre, que había que aspirar siempre a romper con todo lo previsible e incluso con lo razonable. Ella me respondió que el mundo no estaba para romanticismos utópicos, y que por ese camino, yo siempre sería un perdedor. El resultado final de la diatriba fue que a lo largo de los próximos meses, cada vez que yo quería demostrar mi entusiasmo por una idea, o mi firme convencimiento de que algo ocurriría, empleaba la misma frase, a modo de latiguillo, que usaba ella para mostrar justo lo contrario, su poca fe o nula predisposición.

—¿Cuándo conseguirás un empleo decente, Pedro?

—Muy pronto, ya lo verás. Cuando el Celta gane un título —decía yo, sonriendo, para autoconvencerme de que tal acontecimiento era poco menos que inminente.

(...)

—¿Cuándo nos casaremos, Patricia?

—Ya lo sabes, cuando el Celta gane un título —me respondía ella, sonriendo, para hacerme perder cualquier esperanza.

Realmente me habría gustado casarme con ella, pero si algo quedó claro



desde el principio de nuestra relación, era que su espíritu independiente no estaba dispuesto a hacer ninguna concesión. Simplemente había que aferrarse a la felicidad del momento. *Carpe diem* era su lema, el alimento para la sensibilidad su lucha diaria, y la sonrisa su mejor estandarte. Su filosofía, no planificar el futuro para no estropear el presente. Así las cosas, y conociéndola como la conozco, creo que nuestros once meses de convivencia establecieron un record más que respetable.

Me encantaba despertar y notar su cuerpo abrazado al mío y su pelo suelto desparramado por mi hombro. A veces no me importaba dormir menos para poder observarla en su sueño, y seguir como un bobo el ritmo acompasado de su respiración sin atreverme siquiera a moverme por no incomodar su postura de reposo aparentemente absoluto.

Verdaderamente, dormía como un tronco, y con gran facilidad. Otra de nuestras bromas cómplices, cuyas claves eran estrictamente privadas, nació precisamente de esa propensión suya para adormecerse en cualquier situación, dejándose vencer por el cansancio y entrando casi de inmediato en el reino del sopor. A mí me divertía mucho darle conversación o, simplemente, hacerle preguntas cuando ella entraba en esta fase de duermevela, porque a menudo las respuestas eran inconexas, surrealistas, dignas de una de esas interpretaciones psicoanalíticas a las que era tan aficionada. En aquella ocasión, estando de viaje por tierras castellanas, yo conducía y ella andaba ya bamboleando la cabeza con cómicas sacudidas de cuello mientras sus pestañas se juntaban y se separaban en lánguidos trayectos de ida y vuelta, cuando se me ocurrió preguntarle directamente:

—¿Tú me quieres de verdad?

Y ella sacó de alguna parte una voz cavernosa para responder con total seriedad, como lo habría hecho un autómatas profesional:

—Sólo cuando llueve mucho.

Cuando después se lo conté, las carcajadas de Patricia llenaron el coche de una intensidad juvenil que rompió para siempre la monotonía del viaje, y se renovaban a cada nuevo comentario jocoso por mi parte («tu subconsciente hace aguas», «lo siento por los vecinos, pero a partir de ahora voy a proponerme, como medida terapéutica, cantar a voces desafinando todo lo que pueda...»), volviendo a los espasmos y a las lágrimas por culpa de la risa, ja ja ja, y venga a reírse.

Aquel episodio derivó, como ya he dicho, en otra broma privada de las



nuestras, y lo cierto es que en días lluviosos ella se acercaba a mí especialmente cariñosa, y mordisqueaba mi oreja susurrándome al oído:

—Hoy toca. Mira cómo llueve.

Recuerdo varias ocasiones en que ella regresó empapada de la Facultad y bordó su número erótico de mujer devorahombres, dejando un rastro de gotas y prendas y apuntes y llaves por el pasillo que llevaba hasta el dormitorio. En esas ocasiones acabábamos haciendo el amor desenfrenadamente, y luego mis comentarios siempre la hacían reír:

—Cariño, tendríamos que mudarnos a otra ciudad, mucho más al norte.

Y ahora, al cabo del tiempo, en días como hoy, siento que podría fundar el club de fans de Paco Montesdeoca, con quien he ido intimando en las soledades de la sobremesa a lo largo de estos dos últimos inviernos, que se me han hecho muy largos.

II

He pensado escribirle una carta en clave y publicarla en *El País*, el periódico que ella compraba siempre. Sería la única forma de ponerme en contacto con ella, porque no había remite en ninguna de las tres cartas que me ha enviado en este tiempo, y no sabría cómo localizarla. La primera estaba matasellada en Valencia, la segunda en Mallorca, y esta última en Milán. Conociéndola y teniendo en cuenta sus desplazamientos, cada vez más hacia el Oriente, cabría pronosticar que acabará abrazando la fe budista.

Pero decía que si apareciera en *El País*, debidamente recuadrada para hacerla resaltar en las páginas de anuncios, o de contactos, o donde fuera, una breve *carta* –o aviso, nota...– *para Lady Marian*, firmada, además, por *Mostovoi*, ella sería la única persona en el mundo capaz de comprenderla.

Lo de *Lady Marian* era como su nick exclusivo, y lo fue ya desde aquella primera tarde/noche en la marisquería Santa Paula. Justo después de aquel famoso partido en el que fallé el penalti decisivo, en la ducha yo andaba rememorando nuestro cruce de miradas sin intuir lo pronto que volvería a verla ni poder esperar que alguien me la presentara, y mucho menos mi amigo Vilches, colega de toda la vida. Me acordé de la película «Robin Hood, el príncipe de los ladrones», de la escena en la que Kevin Costner/Robin Hood apunta con su arco dirigiendo la flecha al objetivo, pero un instante antes de soltarla mira a Mary Elizabeth Mastrantonio/Lady Marian, y al advertir que



ella también lo estaba mirando, falla estrepitosamente su disparo; él, el infalible arquero, confundiendo por una vez la electricidad de su epidermis con el ridículo más espantoso.

Después de la ducha, al despedirme de los compañeros, algunos jugadores quedamos emplazados para una hora después en la marisquería Santa Paula, por la invitación que el comité organizador hacía con motivo del fin del torneo universitario. Tras la entrega de los trofeos, habría ocasión para picar algo, beber y charlar amigablemente.

Cuando llegué, mi vecino y amigo Ricardo Vilches, eterno compañero de estudios hasta que se decidió por Económicas después de la selectividad, me recibió burlándose todavía por lo del penalti, y después de la segunda cerveza me presentó a Patricia. Según me contó, resultaba que Medicina había eliminado a Económicas en la semifinal, y por eso aquel grupito de estudiantes había decidido intercalarse entre los animadores de Letras, sólo para fastidiar a su verdugo. Por lo visto, Vilches estaba sentado en la grada junto a Patricia —la verdad es que no me di cuenta— y, claramente, fue el instigador de aquel «Dale, Mostovoi».

Cuando la vi allí sentada intentando pelar un langostino, me acerqué directamente y dije:

—Vaya, si está aquí Lady Marian.

Vilches, como si hubiera entendido algo, hizo inmediatamente las presentaciones formales.

—Te presento a Patricia, mi compañera de clase.

—Yo soy Pedro.

—Encantada.

Claro está que tuve que explicar en seguida aquello que había dicho de Lady Marian, y a medida que lo contaba, fue apareciendo por primera vez ante mis ojos, como una recompensa, aquella esplendorosa sonrisa suya. Dos rondas después ya nos habíamos quedado solos Patricia y yo, que habíamos congeniado bastante bien, y no parábamos de hablar y de reír. Tal vez por su poca costumbre de beber tanto, otra ronda más fue suficiente para un diálogo tan sorprendente como éste:

—Me miras de un modo muy especial. Te brillan los ojos, y creo que en tu caso no es por la cerveza.

—Perdona, es que... —intenté justificarme.





—Si vas a decirme ahora lo mucho que te gusto, no hace falta que te repitas, porque ya me lo has dicho antes.

Creo que fueron mis ojos, y no mis labios, los que se encargaron de moverse para hacer la siguiente pregunta, y ella la respondió explicándose con una desenvoltura envidiable y un total dominio de la situación.

—Sí, cuando has contado esa escena de la película, me lo estabas diciendo indirectamente. De las veces que me lo han dicho, ésta ha sido la más elegante —y entonces hizo chocar su vaso contra el mío en una especie de brindis cómplice que supo acompañar con una expresión pícaro en su rostro y, una vez más, con su esplendorosa sonrisa.

Cuando conducía aquella noche de vuelta a casa —todavía me acuerdo del terral que hacía—, yo ya estaba absolutamente prendado de Patricia, y notaba que me había seducido no solamente por su belleza, sino también por su conversación, por su inteligencia y por su sensibilidad. Estuve a punto de atropellar una parada de autobús por culpa del papelito con su número de teléfono, que por un momento creí que había perdido y que apareció en el siguiente semáforo rojo, en el bolsillo de atrás del pantalón.

Eufórico, pensé que ella tenía razón en su teoría de lo que había llamado «mi declaración literaria»: aquella imagen de la ducha era muy reveladora, y la comparación no se establecía en el lanzamiento en sí —del balón o de la flecha—, sino en los nervios y las cosquillas que provocaron el fallo en el lanzador por el único motivo de un cruce de miradas con la chica que les gustaba. Eso que dicen del «flechazo» nunca tuvo más sentido que en nuestro caso, pero esta vez no era el angelote cursi de Cupido quien lanzaba la flecha, sino Pedro/Robin, un servidor, o, como diría Vilches, el menda.

Meses después, adoptamos en nuestros ocasionales chateos por la red los apodos de ‘Mostovoi’ en mi caso, y ‘Marian’ en el suyo. A fin de cuentas, así es como nos habíamos llamado la primera vez que nos dirigimos el uno al otro, ella en el campo de fútbol, y yo en la marisquería. Por eso ahora pienso que esa nota en clave privada podría ser efectiva, un mensaje exclusivo de parte de un zar ruso para una princesa anglosajona. Pero ahora que lo pienso, es poco probable que en Milán ella siga leyendo *El País*, aunque por supuesto allí habrá acceso a la prensa española. O tal vez no. Tal vez por estar fuera de España y precisamente para seguir en contacto con su actualidad de alguna forma, el periódico sea para ella, ahora más que nunca, una necesidad diaria. Quién sabe.



La segunda vez que me preguntó por las razones de mi simpatía por el Celta, me avisó de que esperaba verdaderas razones de implicación personal, «no como la otra vez, que ibas de farol», me dijo. Le conté, pues, los antecedentes, allá por mis difíciles años de preadolescencia, cuando uno necesita tener ídolos o héroes. Por la temporada 1987/88, con el Málaga en 2ª División, y por lo tanto fuera del mercado, la palabra «revelación» se asoció con frecuencia al juego del equipo celeste, que después de muchos años volvía a acariciar la posibilidad de jugar competiciones europeas. Y al año siguiente, además, en que repitió una buena temporada, el Celta fue el único equipo capaz de ganarle, tanto en Liga como en Copa, al Real Madrid, absoluto dominador aquellos años. Ese dato fue decisivo para afirmar mis posiciones frente a mi padre, que era un forofo merengue recalcitrante.

Eso era todo cuanto ella necesitaba saber para aventurar uno de sus diagnósticos psicoanalíticos, en el que salió a relucir el célebre complejo de Edipo, ya saben, aquello de matar al padre. Esa vez no estuvo reticente ni burlona, sino soñadora e incluso lírica, y me dijo que olvidara esas motivaciones tan dañinas, que yo necesitaba otro tipo de razones más –digamos– sentimentales, y que si no me había fijado en que el Celta era el único equipo que no llevaba en su nombre el de ninguna ciudad o lugar geográfico, sino el de todo un pueblo, o mejor, una cultura, y en su indumentaria los colores del cielo. Eso dijo. Ese tipo de cosas hermosas y profundas decía siempre ella, que tenía alma de poeta.

Recuerdo una tarde de aquéllas gloriosas en que salíamos a pasear o íbamos de compras y nos pasábamos todo el tiempo haciéndonos confianzas y bromas, unas bromas que a veces nos hacían reír a carcajadas, y que aquella tarde acabaron en otro de sus diagnósticos psicoanalíticos. En nuestro paseo desde Armengual de la Mota desembocamos en El Corte Inglés, que estaba plagado de carteles empalagosos del Día de San Valentín, y en la sección de lencería femenina decidí comprarle a Patricia unas «mini-braguitas fantasía» –juro que ponía eso en la etiqueta– del color rojo obligado por la fecha, con ligero estampado floral y volantes ondulados rodeando la cadera. Las risitas vergonzosas ya nos iban asaltando a los dos camino de la caja, y por dos veces escuchamos la voz de la cajera preguntarle a clientes anteriores aquello de «¿efectivo, o tarjeta?», a la hora de cobrar. Cuando llegó nuestro turno, como yo ya tenía el dinero en la mano, la cajera acertó su pregunta tipo, dejándola sólo en:



—¿Efectivo?

—Espero que lo sea —respondí yo, después de mostrarle un momento las mini-braguitas, como en exposición, tirando de los volantes hacia fuera.

Nuestras carcajadas, sobre todo las de Patricia, habrían provocado un terremoto si hubieran sonado por la megafonía, y contagiaron a la cajera, quien se unió a la fiesta y me pidió los derechos del copyright. Después, al dorso del papelito de la factura, sobre la mesa de la cafetería donde tomábamos un refresco, dibujé un corazón con las iniciales M-M, quizá movido por el ambiente de romanticismo artificial que también en la planta 6ª nos guiñaba desde los carteles.

Ella clausuró de pronto la fase de cachondeo directo y pasó sin transición a la de estudio analítico (cachondeo indirecto), preguntándome por qué había escrito en el corazón esas iniciales, y no las lógicas P-P, de Pedro y Patricia. Yo le respondí con la obviedad de Mostovoi y Marian, pero ella quiso ahondar en razones más ocultas, y dijo que, subconscientemente, las dos pes podrían evocar la figura del padre (papá) y las dos emes, en cambio, evocaban la figura de la madre (mamá). Otra vez estaba, según ella, matando a mi padre.

Yo entré al trape de su juegucito e intenté sacarla de esa órbita argumentando en broma que en realidad lo había hecho por huir del P-P que me llevaba por la senda de la política más conservadora y antipática, y que de haberlo advertido antes en el plano consciente, más me valdría haber dibujado dos gaviotas en el lugar de las dos iniciales. Por supuesto, atravesadas sin piedad por una flecha bien dirigida, no como cuando el penalti.

Pero dado que ella siguió insistiendo en sus filigranas freudianas, yo tuve que entrar en su terreno, y aparentando seriedad le dije que como ella siempre huía de la realidad más vulgar, yo había evitado las iniciales de Pedro y Patricia porque no eran más que una convención social, los nombres que nos identificaban ante los ojos de todo el mundo, y en cambio las iniciales M-M nos remitían a nuestro propio mundo fantástico y exclusivo, y que aquél era un momento sólo para nosotros. Con esta explicación improvisada conseguí por fin su silencio aquiescente y la reaparición de su sonrisa.

La última vez que vi aquella sonrisa fue en la estación de Renfe, al pie de su tren, el día de su marcha. Nunca dijo que me abandonara; sólo que necesitaba irse. Tenía una buena oferta para trabajar en una oficina, en Valencia, con una amiga. Decía que allí continuaría sus estudios de Económicas, aunque luego supe que no lo hizo. Me había estado previniendo a lo largo de mucho



tiempo porque ella sabía que me iba a costar ese momento, pero creo que estuve a la altura. No luché por retenerla, no le rogué demasiadas veces que se quedara a mi lado. Aquel día, por una vez, ella me dijo que me quería sin que yo se lo pidiera. Ojalá tenga oportunidades de recuperarla en un futuro no demasiado lejano, cuando se canse de los viajes, el psicoanálisis, la independencia y el budismo. Todas las personas van creciendo y madurando, y llega un momento en que se echa de menos la estabilidad y los afectos que han sido sinceros y se han mantenido duraderos a lo largo del tiempo, un tiempo de años sin noticias apenas, un tiempo de muchas borrascas y pocas cartas.

Era por la mañana. Se detuvo en mitad del andén para la última despedida, y me besó, pero no respondió a mi pregunta:

—¿Volverás alguna vez?

Sólo se encogió de hombros y abrió sus manos hacia fuera como dejando en el aire una incógnita en el mejor de los casos, o silenciando una respuesta negativa en el peor. Sin embargo, cuando ya había cargado su bolsa y su maleta, y había avanzado unos pasos hacia el tren después de darme la espalda, cuando yo ya no esperaba más palabras tuyas ni más imagen final que aquella de su rostro compungido, ella se acordó de aquella fórmula ambivalente que utilizábamos en nuestros primeros meses de convivencia, se volvió otra vez, y dijo:

—Cuando el Celta gane un título.

Y entonces sí, me regaló un último flash de su sonrisa, encantadora hasta en momentos tristes como aquél.

III

Decidí no poner aquella carta cifrada en *El País*, y me alegro de no haberlo hecho. Habría sido una muestra de debilidad. Ha pasado otro año desde entonces y Patricia sigue en Milán. Lo sé por el telegrama que he recibido esta misma mañana. Si está viviendo con alguien, algún italiano con pasta, mi record ha pasado a la historia. Por el contrario, si sigue a la búsqueda de sus ideales de libertad y desapego, es extraño que algo la retenga tanto tiempo en el mismo sitio. No tengo idea de cómo puede estar ganándose la vida, en qué trabajo, con qué actividades. En fin, no quiero ni planteármelo. Lo cierto es que sigue acordándose de mí con cariño, me manda un beso y su pésame por la gran ocasión perdida.



El partido se jugaba en Dublín, la capital de Irlanda, donde el equipo español contaba con las simpatías mayoritarias del público neutral, según las crónicas que he visto y leído, tal vez por aquello del origen celta de la isla, o por la etiqueta de equipo debutante, con su insolencia y su descaro frente a la solidez y la experiencia del campeón vigente. Los italianos asumían con prepotencia su papel de favoritos, pero luego, visto como fue transcurriendo el juego, pienso que tuvieron mucha suerte.

La verdad es que llegar a la final de la Liga de Campeones en la primera participación es un lujo al alcance de pocos equipos, aunque supone un plus importante para la decepción inconsolable de quienes habíamos puesto nuestra fe y nuestra ilusión en completar la hazaña del todo, y en mi caso particular, además, con el premio gordo incluido de un hipotético regreso de Patricia (la ingenuidad siempre ha sido uno de mis defectos). Me gusta pensar que es verdad que tenía las maletas preparadas, por si acaso.

El Celta había seguido jugando con brillantez en los años de ausencia de Patricia, y entró con buen pie en el cambio de siglo, despertando la admiración de los amantes del buen fútbol y ganando muchos enteros en la consideración de los entendidos. Yo, que siempre había sido un mero simpatizante, desde que ella se fue siempre quería que ganara, que jugara bien y que ganara siempre, en la competición que fuera. El cambio de entrenador le vino muy bien, y por primera vez consiguió clasificarse para jugar la Liga de Campeones, un hito histórico. Ganar la final de Dublín habría sido el broche ideal para un premio merecido, y a mí me habría sacado de dudas.

En fin, qué se la va a hacer. Se me nota mucho que a estas alturas el Celta y las borrascas son, por este orden, mis dos únicas esperanzas. Si mi equipo no consigue, pese a todo, pasar de una vez al olimpo de los elegidos, al menos, que llueva mucho, muchísimo, a todas horas, hasta que a Milán se la conozca como la segunda Venecia, para que Patricia no tenga más remedio que acordarse de mí, y quererme un poquito todavía. Una Patricia como ella, sin poder olvidar a un plebeyo como yo.

Por cierto, he encontrado por fin un trabajo decente, en una agencia de viajes. Las horas justas, y bien pagado. Hay una compañera de trabajo, soltera, que es monilla y parece simpática, pero es del Madrid. Todo me va bien y sin embargo la tristeza me visita cada vez con más frecuencia. Mi padre falleció hace tres meses y medio. No tuve que seguir matándolo; se murió él solo, de un infarto. Vilches por fin se casó con su novia de toda la vida.



Me gustaría que alguna vez Patricia, como muestra de confianza, me escribiera el remite en algún sobre, o me facilitara un número donde poder localizarla. Sólo para hablar con ella de vez en cuando. La verdad es que me gustaría poder contarle estas cosas a ella en lugar de escribirlas aquí, dudando si alguien alguna vez las leerá. O ella misma, tal vez. Ojalá.

Releo el telegrama por enésima vez:

«Vi el partido por la tele. Stop. Lo siento muchísimo. Stop. Creo que yo era la única persona en todo Milán que quería que ganara el Celta. Stop. Cuando Mostovoi falló el penalti, me acordé mucho de ti. Stop. Ya tenía hechas las maletas, por si acaso. Stop. Un beso, Marian».

(Septiembre de 2003)

Blues del hampón

*(Premio Certamen Literario
Ciudad de Vélez-Málaga, 1998)*



Supongo que su reacción primera sería de gran extrañeza. Ningún aviso previo, ninguna explicación, ninguna carta aclaratoria que ayudara a desvelar paulatinamente el misterio de un envío inesperado, y encajarlo en el inacabado rompecabezas de un episodio del pasado, seguramente olvidado ya, o quizás recuperado tan sólo de vez en cuando, en esas ocasiones en que uno se abona a cierta amable pasividad, instalada ya, con los años, la costumbre del recuerdo en los hábitos cotidianos. La clave, sin duda, sería la fotografía: sólo después de fijarse en el rostro chispeante de un hombrecito enjuto y barbilampiño que apuntaba con el dedo al perfil de un jovencísimo Montgomery Clift en el cartel de la película «Un lugar en el sol» mientras sonreía mirando al objetivo, podría dismantlar el sedimento de algunos años y reconocer a Manolo, el chaval que iba al cine Plus Ultra con su hermana pequeña. Sólo entonces, digo, podría ir atando cabos para reubicarse en una historia aparentemente ajena y descifrar los enigmas del escueto mensaje escrito al dorso.

Una vez que tuviera claro el escenario de los hechos, probablemente le costaría algún esfuerzo ir haciendo los cálculos sucesivos para remontarse al tiempo en que ocurrieron. Pero bueno, dejemos las hipótesis y vayamos a lo que importa. Al fin y al cabo, también a mí, después de mis largas charlas con



Juanita, me ha costado un poco disponer los elementos necesarios para articular el esqueleto de este relato, que intentaré a continuación secuenciar de forma ordenada.

Todos los demás hermanos estaban estudiando, uno en el Seminario y las otras internas en San José de la Montaña, y sólo Manolo, el hermano mayor, que apuntaba un poco a zascandil y estaba libre por la casa con más frecuencia, podía ayudar a la madre en el cuidado de Juanita, la niña chica de la casa. El padre faltaba hacía tiempo, y la madre era una mujer muy sacrificada y hacendosa, siempre esforzándose en sacar adelante la familia, mujer de temperamento y muy celosa de las tradiciones. Por la época en que se colocó de cocinera en el restaurante de los Barceló –todo un lujo en aquellos años de posguerra– Juanita no tendría más de cinco años, pero ya era una niña despierta que participaba del mundo fantástico de sus hermanos, y grababa con nitidez en la memoria sus primeras experiencias como cómplice inocente, tal vez por las dosis de excitación y riesgo que comportaban.

Su madre dejaba siempre la comida hecha al marcharse, y le confiaba a Manolo dinero para el pan y el postre. Como no volvería hasta la noche, Manolo aprovechaba de vez en cuando para llevar al cine a su hermanita con ese dinero, ansioso por transmitirle a ella su fascinación por las películas. Le hablaba del rato divertido que pasarían, y la niña, con tendencia a asentir a todo, resultaba muy fácil de convencer. Lo imprudente del asunto era que, como el dinero no daba para mucho, tenían que recorrer, de la mano, un largo trayecto hasta el barrio de la Trinidad para llegar al cine Plus Ultra, cuya entrada era más barata.

En el cine Plus, como lo llamaba la gente, lo mismo que en el Moderno, se vivía a diario un ambiente peligroso, de bronca y gentuza, clanes más preocupados por demostrar sus posiciones de dominio que por seguir la proyección de la película. Manolo era consciente del peligro que podría suponer asistir con cierta asiduidad, pero confiaba en que todo el mundo respetaría a una pareja de chiquillos que se mantenían siempre apartados, calladitos y formales, sin meterse con nadie. Además, era su única oportunidad de ir al cine, y no estaba dispuesto a renunciar a ello. También sabía hasta qué punto se metería en líos si su madre se enterara de estas salidas furtivas, así que impuso el secreto como un pacto entre todos los hermanos, y a Juanita, especialmente, le encantaba formar parte de semejante complicidad.

La primera vez que Manolo y Juanita entraron al Plus, uno de los fanfa-





rrones más corpulentos que merodeaba por el patio de butacas fijó su vista en ellos y advirtió inmediatamente que se diferenciaban de la actitud, el vestido y el lenguaje de los demás. Era un tipo fornido, joven, muy moreno de piel, que se remangaba la camisa para lucir los aparatosos tatuajes de sus bíceps. Por una de esas casualidades que ocurren misteriosamente, se acercó a ellos y en seguida comenzó a sentir un poderoso instinto protector.

—Ustedes no sois de este barrio. ¿Qué hacéis aquí?

Manolo intentaba combatir el miedo con un tono indolente y una actitud inofensiva.

—Nada, que he venido aquí con mi hermanilla, a ver la película.

—Por aquí no queremos niños finos.

Pero esa actitud pretendidamente amenazadora se diluyó rápidamente en el transcurso de una charla de varios minutos, en los que el hombretón se quedó sin argumentos al comprobar que el móvil era únicamente el amor al cine, y a su modo, supo valorar las circunstancias que tenían que enfrentar, así que, de una manera espontánea y absolutamente avasalladora, se ofreció para ayudarles a superar las dificultades, erigiéndose en el paladín defensor de lo que intuyó una causa justa. Se sentaba junto a ellos, increpando a veces a quienes se acercaban; a veces, cuando tenía, como él decía, perras para convidar, se acercaba hasta la puerta para comprar batatas asadas, que cortaba con la indispensable navaja, y una papa de menta para la chiquita.

Todas las veces que acudieron al Plus a la primera sesión de la tarde, Manolo y Juanita siempre encontraron aquella sonrisa benefactora, chocante en un rostro temible, anguloso y duro, y siempre se admiraron del modo en que les sacaba las entradas, abriéndose camino a codazos entre la pequeña muchedumbre desordenada que intentaba hacer cola ante la taquilla, y se divertieron esperando el momento en que, una vez sacadas las entradas, se tiraba resueltamente hacia atrás para hacerse hueco con rapidez entre la masa de personas que se quejaban, indignadas, y en ocasiones se lastimaban levemente. Así empezó una curiosa relación en la que los niños recibían seguridad, y el hombre, a cambio, se sentía útil, y no escatimaba sus desvelos ni disimulaba su satisfacción. Ignoro si alguna vez, ya entonces, al menos Manolo conoció su nombre, pero siempre que se referían a él, en la casa con los hermanos, o en la calle, entre los amigos de Manolo, le llamaban «el hampón».

Al reagruparse la familia cuando llegaron las vacaciones de aquel verano, todos los hermanos contaban sus cosas, ávidos de comunicarse, y Manolo fue



la estrella de las reuniones clandestinas en el dormitorio contando sus escapadas con Juanita y las peripecias del hampón. Nadie se atrevió a acompañar a sus hermanos al cine Plus, pero al ver las estampitas de cine que el hampón le proporcionaba a Manolo, sus hermanas, con doce y trece años entonces, comenzaron a hacerle tímidos encargos, por si ese hombre pudiera conseguirles alguna de las postales que por aquellas fechas se editaban de galanes de cine, grabadas en color sepia con miradas de escorzo y sonrisa relamida.

El hampón puso tanto interés en satisfacer las peticiones que, al final del verano, Manolo tenía más estampas de cine que nadie en su barrio, de ésas que venían en las tortas de Algarrobo con un envoltorio de celofán transparente, y sus hermanas estaban felices con su colección de postales de actores, que, en boca del hampón, se llamaban aproximadamente James Estebar, Jon Baine, Clar Gable o Tirone Pober. Juanita sólo acumulaba besos en las mejillas y ricas experiencias.

Tras una corta temporada, Manolo y su hermana dejaron de ir al Plus Ultra. Tal vez un cambio en el horario laboral de su madre no les permitiese tales alegrías, o tal vez mejorara relativamente la posición económica de la familia, y pudieran entonces permitirse la entrada a cines con un aire más señorial, como los salones del Capitol o el Avenida. Lo cierto es que no volvieron a saber del hampón —quien seguramente se quedó esperándolos más de una vez— hasta un encuentro casual, once o doce años más tarde.

Iba Juanita, que ya era una muchacha guapa y esbelta, al encuentro de su novio, que solía esperarla a la puerta de una academia donde ella asistía a clases de marquetaría, cuando un hombre se le acercó, creyendo reconocerla.

—Perdone, señorita. Usted es Juanita, la hermana de Manolo, ¿no es verdad?

Ella lo miró con extrañeza, y ahora, al cabo de los años, cuando se esfuerza en reconstruir aquellos momentos, sólo recuerda su chaqueta de pana, el pelo peinado hacia atrás, y cierto brillo en los ojos.

—¿No se acuerda usted de mí? En el cine Plus, yo... me sentaba con ustedes.

—Ah, sí, claro. Ya sé quién es.

—Usted no era más que una niña. Pero... ¿por qué no fuisteis más por allí? ¡Qué alegría de verla! ¿Cómo está Manolo?

—Muy bien. Pero ahora todos le llaman Mongo.

—¿Mongo?



—Sí, por Montgomery Clift, ¿sabe usted?

Una sonrisa franca en la cara del hampón supuso la primera distensión real del encuentro.

—Sigue igual de fiebre.

Los dos rieron.

—Bueno, yo...

—Tiene usted que darme la dirección. Me encantaría hacerles una visita. ¿Seguís yendo tanto al cine como entonces?

—Ya vamos menos.

—Claro. Ahora, con la televisión, ya no es lo mismo.

Juanita dudaba interiormente, pero tuvo que decidir en pocos segundos. No quería ni imaginar el drama que todavía podría suponer la presencia de un hombre así en la casa, seria y decente, de una señora respetable, y además, le horrorizaba tener que desvelar una historia oculta, plagada de elementos de riesgo, imprudencia, mentiras y desobediencia. Le dio una dirección falsa, y se despidieron estrechándose la mano.

Pocas horas después, Juanita ya se había arrepentido de haber engañado a aquel hombre que muy bien podría asustar a cualquiera, pero que con ellos había compartido ilusiones, y, a su modo, les había demostrado cariño.

El mes pasado, Juanita, una mujer ahora de sesenta y pocos años, me contó esta historia, y no pude evitar que me conmoviera un poco la ternura que encierra. Ella aún lamentaba aquella mentira apresurada, y aseguraba que era una especie de espina que tenía clavada todavía, pero que ya no había modo de encontrar al hampón. Recuerdo que aquella misma noche, ya en casa, cogí la guitarra y compuse un tema instrumental que titulé «Blues del hampón», melodía que ya he tocado en dos o tres garitos de la ciudad. Gustosamente, hace apenas cuatro días, después de que Juanita volviera a llamarme para contarme, emocionada, las novedades, copié la cinta que había utilizado para grabar la maqueta y accedí a acompañarla a Correos con objeto de ayudarla a empaquetar y franquear correctamente el envío certificado a la dirección que ella traía, primorosamente escrita, en un trozo de cartulina, en el bolsillo de su abrigo.

Resulta que, distraídamente, al levantar la vista Juanita mientras se enfrentaba a su habitual crucigrama vespertino, vio un primer plano en la pantalla de su televisor de la cara del hampón, un rostro ajado ya, pero secuela fiel todavía de la imagen mental que de él guardaba. Lo reconoció al instante (algo increíble después de tantos años), y prestó atención al resto del reportaje, bus-



cando ansiosamente atrapar datos y retener nombres. Unos treinta segundos escasos que dieron mucho de sí, pues le llegaron como a ráfagas algunas informaciones significativas: se llamaba Damián Sánchez Lozano, y estaba siendo agasajado con motivo de su ochenta cumpleaños por un grupo variopinto de personas, representantes de una asociación de vecinos, de una cofradía de la que al parecer había sido albacea, de la junta directiva de la peña Trinitaria y de una comisión del distrito municipal correspondiente, con el concejal delegado al frente, que sería, casi con seguridad, quien habría convocado a las cámaras.

Repitieron, una vez más, un plano corto de su rostro, que definitivamente disipó todas las dudas y además reveló las lágrimas contenidas en sus ojos y un ligero temblor en sus palabras de agradecimiento. Nada más anunciar el presentador (ya con imágenes desde el modesto plató de una televisión local) el tema del siguiente reportaje, Juanita se apresuró a garabatear una serie de anotaciones al borde de su crucigrama, y buscó luego la guía de teléfonos obteniendo la recompensa inmediata de una dirección y un número. Pensó mientras los copiaba que el nombre de Damián no encajaba en la magia de sus recuerdos; le parecía un nombre extraño y anacrónico en la reconstrucción privada que a menudo intentaba de aquellos años, el contexto de su niñez y juventud, el núcleo de su mundo familiar, la envoltura del cine. No era para nada el nombre de un hampón; ambas ideas —el nombre y el personaje— se disociaban tanto como las imágenes de aquel joven robusto y este anciano tembloroso.

Juanita decidió establecer su complicidad conmigo en vez de con su hermano Manolo. Éste, un tanto huidizo y huraño, se mostraba displicente con todo en el curso de los últimos años, entre achaques y taquicardias, y no se prestaría a una operación semejante. Para él, desde luego, el distanciamiento del hampón nunca llegó a ser una cuestión personal, y yo, en cambio, había intentado comprender la dimensión sentimental que Juanita transmite con esta historia. Me pidió encarecidamente que le hiciera llegar mi maqueta del «Blues del hampón», pero, tal vez para mantener cierto margen de misterio (o tal vez para evitar la probable deducción de que el término *hampón* se refería a él), no quiso explicarle a Damián por escrito sus propias vinculaciones con esa balada, pensando en alimentar en él de esa forma una fuente de curiosidad, y proporcionarle incluso un estímulo para el vuelo de su imaginación, un antídoto contra el tedio en las tardes de inactividad. Rebuscó en la caja de fotos antiguas, todas combadas y amarillentas, por si daba con alguna en que apareciera



ella, niña, de la mano de Manolo, en los años de residencia en la calle Beatas, tiempo de escapadas y confidencias, origen primero de sus contradicciones, motor de ilusiones y culpabilidades. No encontró ninguna, pero, a cambio, se topó con lo que buscaba. No importaba que en la imagen no estuviera ella, porque así la conexión sería más sutil, y la elipsis, más completa. Al hampón le había hecho gracia lo de «Mongo». Era la fotografía ideal. Sin pensarlo demasiado, le dio la vuelta y escribió al dorso:

*«Por favor, disculpe mi actitud
y el retraso de tantos años
en manifestarle nuestro agradecimiento.
Atentamente,
Juanita».*

Como postdata añadió, en letra más pequeña:

«¡Enhorabuena por ese homenaje tan merecido!»

Cuando la acompañé para certificar el envío, noté una ilusión renovada en sus ojos y en su sonrisa infantil. Me confesó, casi con rubor, que había decidido no poner remite. En respuesta a una pregunta mía, me explicó por qué no le interesaba un contacto telefónico (ella había conservado el recuerdo de un rostro, una figura, una estampa, pero no recordaba en absoluto su voz), argumentando luego los motivos por los que ella nunca se refería a él como «Damián».

Yo me interesaba por todas estas cavilaciones y planes suyos, y, sumiso, acabé tarareando el fraseo central del «Blues del hampón» cuando, a la salida, bajando las escalerillas frente a la Delegación de Hacienda, ensayó un mohín como de herida restañada o deuda saldada, y se cogió de mi brazo para rogarme que la acompañara a casa y le tarareara la canción, porque ella –me aseguró– ya había hablado bastante.

(Enero de 1998)

Esperanza perdida

*(Premio Certamen Literario Vigía de la Costa,
Benalmádena 2006)*



Esperanza tenía cuarenta y tres años, era funcionaria en situación de excedencia, estaba soltera y llevaba una vida rutinaria. Cada mañana, después de afeitarse, hacía la pequeña compra del día y se subía el periódico, llamaba por teléfono a su madre, y luego improvisaba hasta las 13:30, hora en la que ingresaba en el universo de su cocina para afrontar con rigurosa meticulosidad en cuanto a ingredientes, proporciones y tiempos el plato de dieta hipocalórica que le tocara según su inalterable plan semanal. Después de la siesta fregaba los platos y se preparaba un café con leche para acompañar el rito del crucigrama. Luego llamaba a su madre por segunda y última vez en el día, y aprovechaba para preguntarle si tenía dudas con alguna definición (por eso llamaba siempre después, y no antes del crucigrama). Los paseos, las revistas y la televisión daban contenido normalmente al resto de su jornada.

Todos los jueves por la tarde cruzaba la calle con su carrito para ir al Carrefour Rosaleda, pues ése era el momento señalado para hacer la compra mayor de la semana, ocasión en la que se tomaba su tiempo, pues siempre comparaba precios y buscaba las mejores ofertas. Los sábados por la mañana recibía la visita de Raquel, una muchacha joven que le ayudaba con la limpieza del piso a razón de nueve euros la hora, y en algún momento del fin de semana solía quedar para ir al cine o a cenar con Candela y Dori, dos amigas



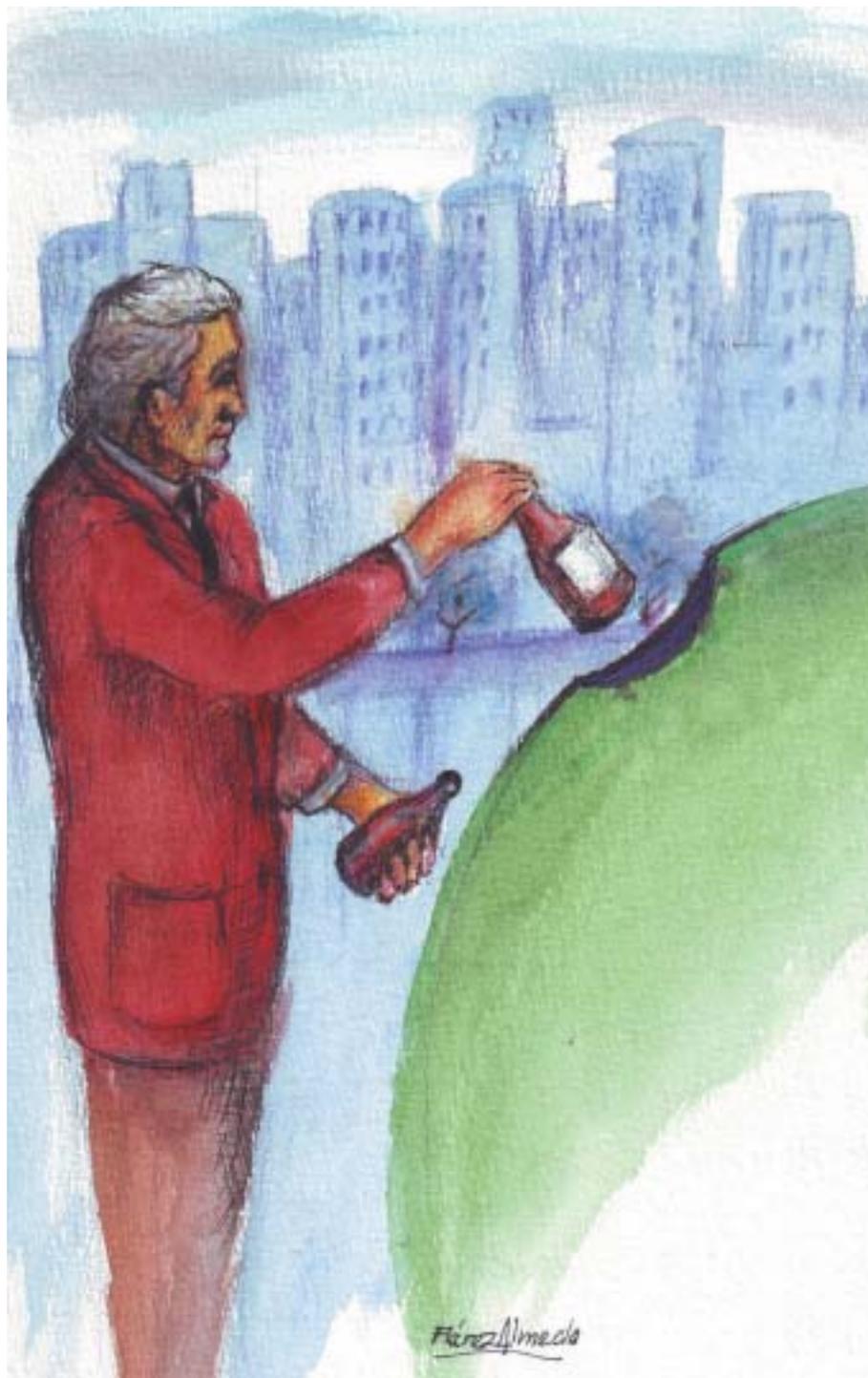
solteras y maduras como ella, que, como ella, negaban llevar una vida solitaria y aburrida.

Algo de esto comenzó a cambiar un poco cuando Esperanza acusó recibo de un elemento inesperado que le hizo trastocar ocasionalmente sus costumbres y sus horarios. Se trataba de un hombre alto y elegante que empezó llamándole la atención por su aire distinguido y su buena figura pese a sus años, y por el que Esperanza llegaría a obsesionarse hasta extremos difíciles de predecir. La primera vez que se fijó en él, ella le calculó sus buenos cincuenta y pico años cuando, asomada al balcón de la terraza, lo vio acercarse a los contenedores de reciclado para depositar, sucesivamente, los residuos de papel y cartón, luego los de envases de plástico, y finalmente los de vidrio. Ella estaba haciendo un descansito en la terraza, hasta que se secara el suelo del salón, que acababa de fregar Raquel.

Coincidió también el sábado siguiente el momento en que el hombre alto y canoso se acercó frente a la terraza de Esperanza para hacer sus operaciones de reciclado cuando ella estaba asomada al balcón, y así cada sábado, a partir de entonces, puntualmente, al borde siempre de las doce del mediodía, ella se entretenía en comprobar la repetición mecánica de cada pequeño detalle: el hombre, flemático, digno y consciente del valor ciudadano de sus acciones, siempre elegantemente vestido y bien peinado su hermoso cabello plateado, dejaba siempre para el final la bolsa donde traía, exactamente, diez cascos vacíos de cerveza sin alcohol.

Esperanza empezó a encontrarse al hombre alto y canoso con alguna frecuencia, merodeando siempre a cierta distancia, solo y como ensimismado en sus pensamientos. Vivía en algún lugar del vecino barrio de La Roca, y casualmente, también solía ir a comprar al supermercado del Carrefour Rosaleda los jueves por la tarde. Tantas veces que se habrían cruzado perdidos en un mar de indiferencia, y ahora en cambio, desde que ella había reparado en él, lo buscaba hasta avistarlo, y lo vigilaba a distancia, esquivándolo si por azar sus pasos lo acercaban al pasillo donde ella se encontrase, disimulando lo suficiente para no ser descubierta, y lo hallaba, por lo general, concentrado en elegir entre una variada gama de productos precocinados, comprando abundante fruta o cargando sus cervezas sin alcohol.

Ella se avergonzaba de ciertas fantasías que empezaron a abordar sus pensamientos y la hacían aturdirse tramando pequeñas estrategias de acercamiento o contacto, lo cual provocó que más de una tarde se olvidara de la





siesta o del crucigrama. Llegó un momento en el que Esperanza tenía bien definidas sus teorías acerca del hombre alto y canoso. Para ella, tenía aspecto de intelectual; se lo imaginaba del mismo modo en que recordaba a su padre, leyendo libros de narrativa o ensayo, usando unas gafas para combatir la presbicia que probablemente le sentarían muy bien. Sin duda, vivía solo (tanta afición por los platos precocinados no parecía indicar otra cosa), y tenía hábitos saludables en cuanto a la dieta y a la práctica de ejercicio físico (la delgadez y la complexión fuerte serían consecuencias naturales de su esfuerzo y su constancia). Era un hombre muy metódico, que seguía al minuto su plan diario para intentar aprovecharlo de la mejor manera, y acompañaba siempre sus comidas de una cerveza sin alcohol, excepto los fines de semana, que se permitía algún buen tinto de reserva o algún licor tras los postres (esto explicaba los diez cascos de cerveza, almuerzo y cena, de lunes a viernes).

Pero cada día, al poco tiempo de empezar a perderse por esos vericuetos, que en realidad intentaban llenar una vida ficticia para dar algún contenido a la suya propia, Esperanza pensaba que la adolescencia le quedaba ya muy lejos, y que era ridículo pretender que una historia como aquella pudiera alguna vez prosperar, teniendo en cuenta sobre todo que una diferencia de edad de unos quince años —que era lo que ella calculaba— era demasiado grande, y que él nunca se fijaría en una mujer como ella.

Era una lucha desigual entre su voluntad firme de olvidarse de fantasías absurdas y su obsesión enfermiza por aquel hombre. Alguna vez en que había asistido en secreto desde detrás del visillo de su dormitorio a su cita de los sábados con la operación del reciclado, incluso le había parecido a Esperanza que el hombre, por un momento, había mirado hacia su balcón buscando su presencia. En otra ocasión, con la que luego soñó varias veces para su vergüenza y rubor incontrolado, ella se sorprendió dentro de la ducha pensando en él y tocándose los pechos y el pubis, con los ojos cerrados y sus dientes superiores mordiendo su labio inferior. Siempre reaccionaba enfadándose consigo misma, volviendo compulsivamente a sus quehaceres y rutinas, llamando a su madre por teléfono o contándole a Candela y Dori un cinco por ciento de la historia en las solitarias tardes de sábados y domingos.

—Estás perdida, Esperanza, perdida del todo.

—Ten cuidado, no te vayas a enamorar a estas alturas.

De buenas a primeras, la pista del hombre alto y canoso se perdió por completo. Esperanza dejó de verlo por el barrio, no lo encontraba en sus bús-



quedas por el supermercado, y lo más extraño de todo, comenzó a faltar a sus citas del reciclado de los sábados. Tras el desconcierto inicial, Esperanza pensó al principio en la posibilidad de una indisposición o enfermedad pasajera, pero al prolongarse demasiado en el tiempo la falta de indicios, ella fue elaborando otras hipótesis: un viaje de negocios que lo retendría fuera del país durante varios meses, o, peor aún, una mudanza definitiva a otra zona de la ciudad. Tal vez la falta de alicientes le hizo buscar otro vecindario con mejores ofertas o estímulos para un hombre inquieto culturalmente como él. Entonces ella se lamentaba por no haber sido más decidida y haber dado un paso adelante –como tantas veces había planeado– para buscar un acercamiento con naturalidad, un modo de trabar conocimiento. Quién sabe si la posibilidad de una aventura con una mujer más joven podría haber aportado una dosis de pasión en su vida, o al menos podría haberle proporcionado ese estímulo o aliciente que buscaba.

Perdida en este mar de confusiones, y pasados ya tres meses largos desde la desaparición del hombre alto y canoso, Esperanza no estaba preparada para un aluvión de noticias y emociones como el que le esperaba detrás de la puerta. Sonó el timbre y ella dudó un momento si abrir o no, pues le costaba trabajo desembarazarse de los vendedores de enciclopedias, credos o seguros, más por educación que por falta de convicción.

Era un envío certificado de alguien cuyas señas en el remite no reconocía; un sobre grande, que parecía incluir un libro. Después de firmar y cerrar la puerta, Esperanza notó flaquear sus piernas y tuvo que sentarse para abrirlo. En una carta bastante extensa se explicaban todas las circunstancias. El padre del remitente acababa de fallecer tras agravarse un cáncer de colon que arrastraba desde hacía años, y entre sus últimas voluntades –habiendo dejado mención de ello incluso en su testamento– había manifestado expresamente su deseo de que el cuaderno que había rotulado como «Mi diario sentimental» le fuera entregado a ella, existiendo indicación de su nombre completo y las señas correctas de su dirección postal.

El hombre alto y canoso (¡cuántas veces había imaginado ella un nombre que le sentara bien!) se llamaba Julio, era viudo y padre de un único hijo, y había fallecido a la edad de cincuenta y siete años, víctima de un cáncer del que nunca había querido tratarse, rehuyendo las sesiones de quimioterapia por dignidad, decía, y por la aceptación de que su estilo de vida, llegara donde llegara, no se vería alterado por el desarrollo de su enfermedad.



Esperanza enjugó sus primeras lágrimas y comenzó a hojear el diario de Julio.

«20 de marzo:

Nunca pensé, y menos hoy, que empieza otra primavera, que mi cansado corazón pudiera albergar un enamoramiento platónico a estas alturas. No hago más que pensar en esa mujer. Llevo un tiempo investigando sus costumbres, pero no me atrevo a dar ningún paso»

(...)

29 de marzo:

Por alguna razón, le gusta tomarse un respiro los sábados por la mañana, y sobre el mediodía suele asomarse al balcón. A lo que parece, es muy sistemática en algunas de sus actividades, y en eso se parece a mí. He renunciado a usar los contenedores de reciclado que hay junto a mi bloque sólo porque hay otros en frente de su casa. No me importa cruzar la avenida Simón Bolívar; está cerca de todas maneras, y así al menos podré verla un ratito cada semana.

(...)

11 de abril:

Hoy la he espiado después de sus compras de la mañana, y la he visto hablando con una vecina. Tiene una sonrisa muy bonita.

(...)

12 de abril:

¡Ya sé cómo se llama! Hoy me he atrevido a colarme en su portal, aprovechando que unos trabajadores de Sevillana entraban y salían revisando no sé qué conexiones, y la puerta estaba abierta. He mirado en el buzón del 2º D y he visto que vive sola. No hay más que un nombre escrito, el mejor que podría ella tener: Esperanza. Sólo el hecho de leer su nombre me ha dado nuevas fuerzas para intentar algún acercamiento, y, obviamente, esperanza de éxito. ¿Por qué no?

(...)

18 de abril:

¡A quién quiero engañar!

La diferencia de edad será por lo menos de quince años, demasiado grande. Es ridículo pensar que este encaprichamiento pudiera derivar en una relación sentimental. Ella nunca se fijaría en un hombre solitario y huidizo como yo.



(...)

22 de abril:

Efectivamente, ella es muy metódica. Todos los jueves por la tarde hace su compra semanal en el hipermercado. Desde ahora copiaré esta costumbre, y si algún jueves nos cruzamos por el mismo pasillo, la saludaré, a ver qué pasa. Estoy decidido».

En cada página, con cada comentario, Esperanza notaba más encogido su corazón, y su llanto se hacía más inconsolable. Veía el rastro de sus sentimientos en muchas de sus palabras, en sus dudas, en sus cambios de ánimo. Por una serie de apariencias circunstanciales y, sobre todo, por la diferencia de edad, ninguno de los dos creyó seriamente en las posibilidades de una relación amorosa, y sin embargo los dos se habían buscado tímidamente.

Todavía sacó fuerzas para volver al diario íntimo de Julio, pero tuvo que cerrarlo al llegar a la desazón del 27 de abril, cerca del final:

«Hoy, por primera vez en mucho tiempo Esperanza no ha estado en su balcón cuando he ido para reciclar los residuos. Hace ya nueve días que no la veo, y no sé si estará indispuesta o enferma. No creo que pueda aguantar muchos días más sin verla. El dolor aprieta y mi hijo sigue presionándome para que me interne, pero verla a ella, aunque sea de lejos y en silencio, es lo único que me calma y me conforta».

Esperanza cerró el diario y lo puso en su mesilla de noche. Tendría que esperar otro momento menos triste para poder seguir leyendo. Aquel día se olvidó de su dieta hipocalórica y almorzó con restos del frigorífico, un poco de queso y chorizo, y una cerveza sin alcohol, a las que se había aficionado desde hacía poco tiempo. Pensó que este golpe le llegaba en mala hora, cuando ya empezaba a superar la depresión por la muerte de su padre. No sabía si podría prolongar por más tiempo su excedencia laboral, pero en cualquier caso, no se sentía capaz de enfrentarse de nuevo al mundo.

Desganada, miró el crucigrama del día, y leyó la primera definición: figuradamente, hombre atractivo, cinco letras. Aunque sabía la respuesta, no escribió «Apolo», sino «Julio», y luego hizo un garabato que sirvió de tachadura para el resto de la página. Acto seguido tragó saliva, y recordando las palabras de su amiga, dijo en voz alta, mirando al techo:

—Estás perdida, esperanza, perdida del todo.

(Marzo de 2006)

El Quede y el Malaguita

I

En cuanto entró, supe que era el Quede. Seguía con ese paso firme y decidido, como si todo el mundo tuviera que enterarse de cuándo llega él. Supongo que ahora, en la vida civil, ya no sería lo mismo, ya no podría hacer valer aquella aureola de veterano para conseguir que nadie le complicara la vida lo más mínimo, y tendría que conformarse con ser uno cualquiera, otro del montón, con los mismos problemas y miserias que todos, y sin ningún privilegio. Por un momento pensé en dirigirme a él para decirle algo hiriente mirándole a los ojos; acercarme a él sin ningún complejo y comentar, como quien no quiere la cosa, como antiguos compañeros de cuartel, paisanos por más señas, «qué tal, Quede, cómo te va», «aquí ya se te acabó la autoridad, ¿no?». Por un momento pensé en hablarle con naturalidad y superar de una vez el sentimiento de incomodidad que recuerdo que me asaltaba cada vez que lo veía aparecer por el cuartel, por el patio de armas o por la cantina, especialmente a lo largo de los dos meses que transcurrieron desde el episodio de la revista hasta que él se licenció. Pero mi reacción instintiva cuando vi que se sentaba en la fila de en frente, su silla en diagonal con la mía, fue agachar un poco la cabeza para esconderme tras mi periódico. De todas formas, a mí me llamarían pronto para mi entrevista, en quince minutos como mucho, calcula-



ba yo, y lo mejor sería dejar que el tiempo pasara y no forzar un encuentro que tampoco sé si sería grato para él.

Qué tipo tan peculiar, el Quede. Un poco bruto y bastante mandón, pero a su manera, sabía ser protector y hasta buen compañero, aunque este aspecto de cierta generosidad sólo lo mostraba con cuentagotas por considerarlo una debilidad ante los demás soldados, y sólo con su reducido grupo de amigos, tres o cuatro de su reemplazo que siempre se amparaban en él como escudo, y, eso sí, con todos sus paisanos, de cualquier reemplazo: abuelos o pelones por igual, si eran malagueños, podían contar con él para lo que fuera. A mí a veces me decía que yo era especial, y esta frase que, viniendo del Quede, podía ser un halago o una garantía para mí —un cero a la izquierda casi siempre, apocado y temeroso en el mundo hostil del cuartel por el que siempre planeaban las inconveniencias y los peligros de las gamberradas, las guardias, las maniobras y los arrestos—, nunca supe bien cómo encajarla: al principio por timidez y por desorientación, y luego precisamente por mi afán de pasar desapercibido y no hacerme notar para nada, esta distinción de un personaje tan destacado no resultaba demasiado tranquilizadora para mí.

—Es que tú eres especial, Malaguita.

Y dale con que yo era especial. No sabía bien a qué se refería y nunca me atreví a preguntarle, pero en los últimos meses de su estancia, especialmente a partir del episodio de la taquilla, me asaltaron terribles dudas al respecto.

Cada uno de los reclutas, según iban llegando, aprendía a respetarlo y a temerlo. Veían cómo incluso los cabos verdes y los primeros le rendían pleitesía en el cuartel y le daban tabaco, lo invitaban a coñac y le reían los chistes repetidos en la cantina. Todos aceptaban sus extraños comportamientos, cambiantes según su estado de ánimo, e invariablemente los justificaban; todos consideraban normal su forma de avasallar, concediendo prácticamente rango de ley a una serie de usos impuestos por él. Por ejemplo, cuando había reparto de correo, si el Quede recibía carta de su novia, ya todos sabían que justo después de leerla se encerraría en los servicios y no permitiría la entrada de absolutamente nadie por espacio de una media hora larga, hasta que él se dignara salir de nuevo. Los servicios en exclusiva para él, y a nadie parecía importarles. Todo el mundo a aguantarse las ganas de mear hasta que el Quede terminara de releer su carta, o de meditar su respuesta, o de digerir su alegría si eran buenas noticias, o de rumiar su tristeza si eran malas, o de masturbarse a gusto, quién sabe, pensando en ella o sobando su fotografía.



Nadie tuvo que preguntarse nunca por el origen de su mote, al menos durante más de unas cuantas horas, porque cada mañana sonaba su voz ronca como una explicación. A los pocos segundos después del toque de diana, tras desperezarse un poco, el Quede se incorporaba hasta la posición de sentado y luego gritaba, antes de levantarse pesadamente:

—¡Qué de guardias me quedan todavía... —añadiendo tras unos segundos de pausa— ...y cuántos mamoneos!

Con el paso de los meses este grito suyo quedó afianzado como su marca de identidad, y cuando ya empezaba a ver el tan ansiado momento de licenciarse en el horizonte, el mismo Quede provocó una variante significativa: gritaba su consabida diana oficiosa, pero la instrumentalizaba en contra de los soldados a quienes nos quedaba más tiempo, y obligaba a su cortejo de incondicionales, cada vez mayor, a participar en el coro:

—¡Qué de guardias os quedan todavía!

—...¡y cuántos mamoneos!

Era como la llamada de Tarzán y la respuesta de sus monos. La vida en el cuartel, desde luego, valía como metáfora de la selva.

Recuerdo que el último fin de semana antes de conseguir la blanca, el Quede organizó una sesión musical especial en la cantina como complemento a su fiesta de despedida, y acabó invitándonos a todos a una copa. Incluso había preparado con total seriedad en los días previos, y con absoluto secreto, un par de números musicales, aprovechando que el Kiki se había traído su guitarra eléctrica y que entre todos habían improvisado una especie de batería, reservándose el papel de solista y dejando los coros a su cortejo de devotos, pelotas descaradas que se embarcarían con el Quede hasta en la empresa más ridícula. El sargento Cabrera, el Chusquero Mayor, tal como era conocido en la clase de tropa, hizo la presentación, en su estreno mundial, del grupo de rock duro bautizado con el original nombre de «El Quede y los Cuantos».

(...)

En fin, qué cosas. Qué meses tan surrealistas, y qué tiempo tan absurdamente perdido. Ahora, sentado bajo el número que iba marcando «su turno», el Quede parecía nervioso y vulnerable. Movía los labios como repasando datos aprendidos o ensayando las respuestas que debía dar en cuanto le tocara entrar a él. No era fácil reconocer en aquel rostro la fortaleza de ánimo que unos años atrás le había llevado incluso a enfrentarse con el capitán Bertomeu.

Este capitán, que se dedicaba a fastidiar a la Compañía cada vez que



estaba aburrido, nunca le perdonó aquella demostración de dignidad que le llevó a sentirse humillado luego ante cualquier soldado raso durante una buena temporada, y le hizo redoblar sus habituales raciones de gritos, órdenes y escarmientos, y arrestar al Quede por la más mínima excusa sin lograr que una sola vez bajara la cabeza ni le retirara la mirada desafiante.

El Quede había sido el único soldado con la gallardía suficiente —«un par de cojones» era su expresión favorita— para inscribirse como jugador en el tradicional torneo de tenis del Tercio, que anualmente se celebraba en las instalaciones militares de la Ciudad Deportiva, distantes unos cinco kilómetros del cuartel. Teóricamente podían participar también miembros de la clase de tropa, pero todo el mundo sabía que el torneo de tenis era una oportunidad de hacer méritos para los suboficiales, y sobre todo, era siempre terreno abonado para mayor gloria y lucimiento de los oficiales.

El Quede había eliminado ya a un brigada y a dos subtenientes cuando el sorteo lo emparejó en semifinales con el capitán Bertomeu, que jugaba muy bien, desde luego, pero no tenía ningún fondo físico. Tras el 6-2 inicial para el capitán, y después de ir 4-0 abajo en el segundo set, la resistencia del capitán ante tanto peloteo largo desde el fondo había empezado a flaquear drásticamente, y el Quede, que devolvía siempre, como una pared, aunque sus golpes no eran muy precisos, había conseguido igualar a cinco juegos. Según Juanito Segarra, que entonces era utilizado como chófer por los oficiales para toda clase de asuntos, profesionales y personales, la intensidad del siguiente juego llegó a niveles épicos y debería pasar a una especie de imposible antología apócrifa de los momentos estelares del soldado. Con iguales a cuarenta, un punto muy disputado acabó con una dejada a la que no llegó el capitán Bertomeu, pese a su desesperada carrera hacia la red. Iracundo y con el corazón saliéndosele del pecho por el esfuerzo, el capitán, absolutamente desencajado, jadeando y apretando los dientes, lanzó su amenaza con una rabia que habría fulminado a cualquier otro en aquel mismo instante:

—Me cago en tus muertos, Quede. Como me ganes, te meto un puro que te acuerdas de mí para los restos.

Unas horas después de aquello, Juanito Segarra descubrió un filón en su papel de cronista de la victoria moral del Quede, acaparando con su detallado relato la atención de todos en la cantina, privilegiado por su condición de único testigo de los hechos (pues el juez de silla, un aspirante a alférez, no contaba para nada). Perfeccionó la versión apresurada que dio nada más llegar





con el Land Rover al cuartel, y añadió detalles inventados, como corresponde a las dimensiones de leyenda que a partir de entonces fue alcanzando el Quede, sazonzando su narración con las imitaciones del rostro desencajado del capitán Bertomeu, la parodia de su modo de sacar, y la cojera fingida. Por la noche, mientras todavía le llovían felicitaciones, el Quede hizo particularmente feliz a Juanito Segarra cuando le dio unas palmaditas en el hombro diciéndole con un gesto de aprobación:

—Muy bien, chaval. Lo cuentas de puta madre.

Juanito, alias el Universal porque lo mismo valía para un roto que para un descosido, aunque su principal mérito radicaba en su pericia como conductor y mecánico, era un chaval de Burgos que luego acabó siendo uno de los Cuantos, respondiendo a las llamadas del Tarzán Quede en los toques de diana. Para él, aquellas palmaditas del Quede fueron como el nombramiento de director exclusivo de su aparato propagandístico, y desde entonces, cada vez que podía, glosaba con su estilo cómico y su risa contagiosa las hazañas y ocurrencias del jefe.

(...)

Qué raro verlo ahora así de taciturno, sentado y sumiso, necesitado de un empleo como todos los que estábamos en aquella sala de espera, y dispuesto tal vez a suplicar rogando una oportunidad. Únicamente en aquellas tres o cuatro ocasiones en que me recogió de madrugada en su estrafalario Citroen para llegar a tiempo a San Fernando tras el permiso de fin de semana, la cara de sueño que le recuerdo podría parecerse un poco a su cara de ahora, neutra y apagada, sin chispa.

En el pequeño marcador luminoso apareció por fin el número 34, el mío, así que doblé el periódico tras el que me había estado parapetando, dejándolo abandonado en mi asiento, y me dirigí hacia la puerta con el cuerpo erguido y los músculos tensos, evitando mirar a la izquierda, para no cruzarme con su mirada.

II

Me parecía que el tipo aquel que se escondía tras su periódico era el Malaguita. No estaba seguro, pero juraría que sí. Mala competencia. Él estaba más preparado que yo de aquí a Lima para trabajos así. Pero de todas formas no me importaba que se lo dieran a él, qué diablos, él era un tipo culto y



sensible, mucho más leído que yo, a dónde va a parar. Rarito, sí, pero conmigo siempre fue muy considerado. Vivía al principio de calle Cisneros, junto al Pasillo de Santa Isabel, y allí es donde yo lo recogía para volver al cuartel, en la esquina de los hijos de la gran puta, qué gracia, lo nervioso y lo colorado que se ponía cada vez que yo se lo contaba así al Meléndez, o al Kiki, al Bandera, al Furri, al Universal...

Él era diferente, no era grosero ni mal hablado. Sabía escuchar dos minutos seguidos sin soltar una barbaridad, un taco o una carcajada. Yo siempre se lo decía, que era especial, pero a él parecía no gustarle, se escabullía y se perdía días enteros, no había quién le echara la vista encima ni quién fuera capaz de encontrarlo. No se le notaba la pluma, si es que ése era su problema, que al final tengo mis dudas. Menos mal para él, porque, a ver, con aquellos bestias, lo habría pasado jodido.

La única vez que le oí trastabillarse fue cuando lo sorprendí en aquella imaginaria sacando de su taquilla una revista porno con desnudos de tíos. Qué corte le dio al pobre. Se puso como un tomate de la vergüenza y como un viejo temblón del miedo, y me dio unas explicaciones atropelladas que yo no le había pedido, que si era un encargo y no quería que lo viera nadie para evitar habladurías, que no fuera a pensar mal. Tranquilo, tío, le dije yo; por mí, como si quieres pasarte el día en las duchas.

Desde entonces me dio por protegerlo un poco, porque lo veía siempre huidizo y temeroso. Ni pío a nadie, por supuesto, y no sólo eso, sino que le pedí al Furri que no le pusiera servicios difíciles ni turnos de guardia, porque era un tipo sensible que lo acusaba todo mucho, y yo no quería que le diera por pensar cosas raras.

En la cantina siempre pedía un café sombra y un donut. Se sentaba solo casi siempre, hasta que se le acercaba alguno de los Cuantos y entonces decía que no, gracias, que no le apetecía el parchís ni los dados, que no sabía jugar al mus, que se le daba fatal el dominó..., o hasta que aparecía el Meléndez y le daba la coña de siempre con lo de los hijos de la gran puta, y él se esforzaba nuevamente en contar lo del comercio de los Hijos de Diego Guerrero de las Peñas, y los toldos medio raídos con las iniciales H.D.G.P. A veces tuve que acudir en su rescate, porque se agobiaba un poco en aquel ambiente.

(...)

El tipo de en frente subía y bajaba el periódico como en una película de espías. Si de verdad se trataba del Malaguita –es curioso, nunca supe su nom-



bre, es como si en la mili no importara la historia y el nombre de cada cual, la mejor forma de sentirse anulado, casi sin dignidad y sin futuro—, es posible que me hubiera visto. Típico de él; seguro que me había reconocido, no he cambiado tanto en estos años, y dudaba si acercarse a saludarme o no.

Cuando lo del capitán Bertomeu, él fue el único que consiguió emocionarme porque me hizo comprender que no se había tratado sólo de una acción aislada o un capricho, un avenate, sino que había luchado con las armas del silencio y la inteligencia, me acuerdo muy bien de sus palabras, y que un arresto más o menos pasaría pronto, pero un símbolo, eso dijo, un símbolo permanecería para siempre. Y mira que hubo gente que me recibió a las puertas del cuartel con vítores y aplausos, porque ya el cabroncete del Universal había llegado antes —a ver, él con el Land Rover y yo corriendo los cinco kilómetros desde las pistas— y les había puesto los dientes largos a todos contando lo que se habían perdido, la cólera del capitán desafiándome, y el modo en que conseguí ridiculizarlo después de ganarle 7-5 el set y sacarle ventaja de 5-0 en el definitivo para luego fingir teatralmente un esguince de tobillo que me impedía continuar, cuando ya él se había desfondado y estaba entregado. Mira que hubo quien me abrazó saludándome como a un héroe, pero sólo me conmovió de verdad lo que luego me dijo a solas el Malaguita. Sólo él pareció apreciar también el detalle de renunciar al transporte que me correspondía (que para eso estaba todas las tardes el Universal como un clavo con el Land Rover, para devolver a los jugadores a sus destinos) y regresar al cuartel a la carrera, como para darle en las narices encima, después de tenerlo prácticamente derrotado y absolutamente humillado, y decirle en plata: para que lo veas, cabronazo, he podido ganarte y no me ha dado la gana. Tú a lo mejor te llevarás el trofeo, pero yo me llevaré la gloria, seguro.

Hay muchas historias de la mili que podríamos repasar el Malaguita y yo, pero la verdad es que no sé si estará enfadado conmigo. Me han dicho que le sentó como una patada en la barriga que el último día yo me despidiera de todos dando abrazos y apretando manos, y en cambio, a él le diera dos besos en las mejillas. Siendo yo un personaje como era, comprendo que aquello lo señalara de un modo brutal, delante de todos además, ni que decir tiene que se puso tan rojo que no sabía por dónde escabullirse, tierra trágame, debió de pensar, pero yo, francamente, lo hice sin maldad, porque me salió de dentro. Yo por mi paisano sentía un cariño especial, no sé, como una necesidad de protegerlo. Y es que era diferente, el único con la suficiente sensibilidad como



para ser capaz de hablarme como a una persona, y no como a un monigote, un fantoche, un tarugo sin sentimientos, un títere sin galones.

(....)

Definitivamente, era él. Se levantó de pronto de su silla y por primera vez su rostro quedó al descubierto. Cruzó con diligencia por delante de mí, y cerró la puerta enérgicamente.

Qué casualidad. Cuatro años y pico después. En una oficina del INEM. Quién lo diría.

III

Se respiraba un ambiente gélido en el amplio salón en el que habían citado a todos los aspirantes, que eran más de cien, la mayoría hombres, de entre 20 y 30 años. Iban llegando por oleadas, y luego esperaban su turno para pasar a la oficina donde el jefe de personal de la empresa que ofertaba los puestos de trabajo les haría la entrevista que se suponía sería el último filtro para decidir las cinco plazas en juego: dos de auxiliar administrativo, otras dos de archivero, y una de jefe de contabilidad. Todos habían rellenado previamente sus solicitudes y habían sido convocados en diferentes turnos para cumplimentar unos tests de aptitud laboral. Para todos los supervivientes, la fase actual era, pues, la definitiva.

Los convenios con el INEM habían hecho posible la utilización de aquellos locales para la celebración de las pruebas, y su amplitud y asepsia parecían aportar cierta dosis de nerviosismo adicional en los aspirantes. Algunos de los más jóvenes intentaban entablar relación, mostrándose simpáticos ellos y bastante esquivas ellas, repintándose los labios entre una respuesta y otra, monosilábicas casi siempre, pero la mayoría, ya fueran hombres o mujeres, parecían conscientes de la trascendencia del momento: unos revisaban anotaciones o parecían repasar mentalmente, y otros permanecían como abandonados a su suerte con la mirada extraviada en los pósters institucionales que intentaban remediar la aridez de las paredes, o en la cristalera grande que daba al bullicio de la calle.

Sólo uno de los jóvenes se había levantado de su asiento y daba cortos paseos a escasa distancia de la puerta que se abría y cerraba a intervalos regulares, como si se tratara de una válvula de tejido orgánico que succionara a un hombre y escupiera a otro cada vez que un ritmo interior misterioso y terrible

le pidiera cada pocos minutos una nueva víctima. Era un hombre guapo y moreno, no muy alto, de anchas espaldas y barba cerrada aunque se apreciaba que había intentado esmerarse con el rasurado para la ocasión. Otro joven se levantó un momento y se le acercó para mostrarle el número 35 y dejar bien claro que era a él a quien le correspondía el siguiente turno.

—Ya lo sé. Yo tengo el 52. Es que estoy esperando a alguien que tiene que salir ahora —respondió el de las espaldas anchas, antes de que el otro volviera a sentarse para ensayar de nuevo sus ejercicios de percusión sobre el suelo con la puntera de su zapato derecho.

Por fin la válvula volvió a abrirse y el aspirante escupido dibujó en su rostro una reacción a medias entre el rubor y la sorpresa cuando vio frente a él la sonrisa franca del hombre que había estado de pie esperándolo.

—¿Qué tal, Malaguita?, ¿te acuerdas de mí?

—Hombre, claro. ¡Qué sorpresa! Tú eres el Quede. ¿Qué haces aquí?

—Pues ya ves, lo mismo que tú. ¿Cómo te ha ido ahí dentro?

—Ya sabes cómo son las entrevistas de trabajo. Las preguntas previsibles, y poco más.

—Pues tú has tardado más en salir que otros. Eso puede ser buena señal.

—Ojalá.

—A mí me queda todavía un rato. Mira qué número tengo.

—Buena suerte para ti también.

—Gracias, Malaguita.

—Me llamo Ángel.

—No jodas. Igual que yo. Esto sí que es una casualidad.

—Es verdad. Qué coincidencia.

—Toma, ésta es mi tarjeta. Ahora vivo por Segalerva. Llámame cuando quieras, que tenemos que tomarnos una copa por los viejos tiempos.

—Claro. Cualquier día de éstos.

El joven que acababa de salir era alto y delgado, de cabello rizado, nervioso y barbilampiño. Le tendió dubitativamente la mano al otro Ángel en señal de despedida, pero éste, más decidido, se acercó y lo besó en las mejillas, diciéndole cerca del oído:

—Me he alegrado mucho de verte. Llámame.

—Y yo —respondió el otro con voz entrecortada, y añadió escuetamente— Adiós.

Al tiempo que el Ángel alto y delgado salía del local y el de las espaldas



anchas se volvía a sentar, se abrió la puerta y salió el joven del número 35 con una expresión desolada en su rostro, casi al punto de las lágrimas.

El ambiente seguía siendo gélido, y el marcador de «su turno» seguía funcionando implacablemente. A través de las enormes cristaleras que ocupaban todo un lateral del salón se apreciaba un descenso en el ritmo callejero bajo un cielo plomizo que se había encapotado súbitamente y anunciaba llovizna.

En su silla, al final de una de las hileras que se alineaban en torno a la fatídica puerta, el Ángel a quien habían llamado *Quede* pensaba:

—Ojalá me llame. Sería bueno aclarar malentendidos y charlar tranquilamente.

Y un momento más tarde sintió irrumpir desde su subconsciente un añadido furtivo:

—Está guapo el puñetero.

En la calle, ganando con grandes zancadas ya casi la primera esquina, el Ángel a quien habían llamado *Malaguita* pensaba:

—Lo ha vuelto a hacer, el muy cabrón.

(Agosto de 2004)



ANEXO



COMENTARIO A LOS TEXTOS

En una narración siempre es importante la cuestión de la perspectiva, es decir, quién narra, y cómo lo hace. La didáctica literaria clásica nos habla en este punto de *narrador objetivo* cuando las formas verbales están conjugadas en 3ª persona, y *narrador subjetivo* cuando lo están en 1ª persona. En el primer caso, el objetivo de contarnos la historia se cumple desde fuera de ella, situándose al margen de los hechos narrados, y se supone que el narrador es omnisciente, es decir, conoce todas las circunstancias, los detalles, las motivaciones de los personajes, y se sitúa en un lugar equidistante de todos ellos. En el segundo caso, el narrador se presenta como un personaje más de la historia, por lo cual se pierde la neutralidad en favor de una mayor implicación en los hechos que se cuentan. El narrador, entonces, pensará y se comportará de un modo parcial, su conocimiento de las motivaciones de los demás personajes será limitado, y se dejará llevar por sus propios sentimientos, sospechas, intuiciones...

Sin embargo, todo es matizable, y el escritor puede adaptar una narración «desde fuera» a una posición de mayor cercanía con determinados personajes, o bien puede hacer recaer la responsabilidad de la narración en un personaje más o menos central, principal o secundario, y entonces su implicación en los hechos narrados puede ser absoluta o relativa, directa o indirecta. Todo obedecerá a las técnicas narrativas que quiera utilizar el autor.

En «Añoranza de Lady Marian» es un protagonista principal, Pedro, quien narra en 1ª persona, evocando su relación con Patricia. En «Blues del hampón» se ha elegido la fórmula del *narrador testigo*, pues aunque también la narración se presenta en 1ª persona, se trata de un personaje no central, alguien de quien ni siquiera se conoce su nombre, un músico vecino o conocido de Juanita, que establece con ella cierta «complicidad». En ambos relatos, pues, prima la narración subjetiva, pero no del mismo modo. Intentaré explicar por qué, como autor, he elegido procedimientos diferentes según la construcción ideada para cada relato.

En «Añoranza...» el narrador sigue sólo el hilo de sus recuerdos, y no se dirige al lector según la convención de que un relato debe informar al receptor, ni



COMENTARIO A LOS TEXTOS

se ocupa de describirnos físicamente a Patricia, puesto que él ya sabía de sobra cómo era ella. Por eso no conocemos cómo era su rostro o su cabello, o cuál era su estatura. La caracterización de Patricia se reduce a algunos pocos rasgos de su personalidad (particularmente su carácter sensible y voluble, su espíritu independiente, y su modo de vivir al día con intensidad sin planificar demasiado el futuro), y sobre todo, a un rasgo –el único rasgo físico– que queda como símbolo: su sonrisa.

La narración es desordenada. Hay diferentes aspectos que según avanza el relato se van explicando solos. Por ejemplo, el narrador no informa expresamente al lector de por qué se acuerda especialmente de ella cuando llueve mucho, sino que el lector va recomponiendo los datos necesarios poco a poco.

Tampoco es lineal la narración. Hay avances y retrocesos, referencias a las que se vuelve más adelante. En realidad, Pedro, en su evocación, lo que hace es ir repasando episodios concretos (el fallo del penalti, su primera conversación con ella, el diálogo en el coche con ella en duermevela, la merienda en la cafetería de El Corte Inglés, su despedida en la estación de Renfe...) o formulando conjeturas acerca de qué habrá sido de ella.

La subjetividad no es tan directa en «Blues...», y por eso únicamente conocemos algo de los sentimientos de Juanita con respecto a Damián (el hampón) en el tercer plano temporal de la historia, cuando se produce el entronque con el personaje del narrador (es decir, cuando Juanita tenía sesenta años y pico), pero no en los dos planos temporales anteriores, cuando Juanita tenía cinco años (encuentros con el hampón en el cine) o después, cuando tenía diecisiete años, aproximadamente (encuentro casual con el hampón por la calle).

En este relato es muy llamativo el tratamiento del tiempo, con una introducción desde el tiempo actual que incluye las suposiciones del narrador testigo y plantea una elipsis (la fotografía) que tardará mucho en resolverse, y un inmediato *flashback* que presenta sucesivamente los tres planos temporales aludidos, volviéndose al final al tiempo actual para enlazar con el comienzo en una estructura circular muy marcada.



COMENTARIO A LOS TEXTOS

En el relato «Esperanza perdida», formalmente, el narrador es externo, pues se expresa en 3ª persona, aunque no es totalmente «objetivo» porque nos presenta la óptica de Esperanza, sus sentimientos y su mundo interior. En el tramo final del relato, a través de un recurso narrativo (el diario sentimental) se abre una puerta a la narración puramente subjetiva para mostrarnos la óptica de Julio, el otro personaje central.

«El Quede y el Malaguita» complica aún más la cuestión de la perspectiva, pues nos presenta un punto de vista triple: los fragmentos I (Ángel, «el Malaguita») y II (Ángel, «el Quede»), ambos en 1ª persona, ofrecen diferentes ópticas, interpretaciones de los hechos y niveles de lenguaje, mientras que en el fragmento III se ofrece, en 3ª persona, esta vez sí, una narración externa absolutamente aséptica y neutral (donde aparece por fin la descripción física de los dos personajes contrapuestos). La narración refiere un encuentro casual entre dos hombres jóvenes que coincidieron algo más de cuatro años antes en el servicio militar (un tiempo de espera, fragmentos I y II) y un breve diálogo (fragmento III).

Teniendo en cuenta que en un relato corto (a diferencia de la novela, que puede permitirse interludios de ambientación o digresiones filosóficas, etc.) el ritmo de la narración ha de ser siempre ágil y vibrante, la construcción de los personajes centrales suele solapar casi por completo a la de los secundarios, que quedan bastante esquematizados, muy poco dibujados. Según mi técnica habitual, la verdadera misión de los personajes secundarios es resaltar una función determinada respecto de los principales. Véase, por ejemplo, en «Añoranza de Lady Marian» la presencia del secundario Vilches, cuya única función es establecer la conexión entre Pedro y Patricia, o todos los secundarios en «Esperanza perdida» (la madre, las amigas Candela y Dori, Raquel la limpiadora), cuya función es subrayar el mundo rutinario de Esperanza.

Finalmente, antes de formular algunas propuestas de actividades posibles, me gustaría señalar la presencia de un recurso expresivo o estilístico por cada uno de los relatos, el que en cada caso me parezca más relevante.



COMENTARIO A LOS TEXTOS

En «Añoranza...» he querido resaltar especialmente, tal como dije antes, la utilización de un único rasgo físico que se eleva a la categoría de símbolo o estandarte de un personaje evocado desde la distancia. En el principio del relato se dibuja la presencia de Patricia como una aparición «esplendorosa», que destaca con un «brillo radiante e infantil», y se dice que su voz era «cristalina», «tintineante, alegre, diáfana como un día claro». Pero después de varios años de distanciamiento, tanto tiempo sin hablar con ella, el tema de su voz no vuelve a aparecer más allá de la primera página, y en cambio, sí que aparece y reaparece constantemente (hasta siete veces a lo largo del relato) el elemento que, desde el recuerdo y a ojos de Pedro, explica aquel esplendor y aquel brillo: su sonrisa.

En «Blues...» la elipsis que supone la mención al comienzo de la fotografía guarda gran relación con la estructura cíclica del relato. Sólo al final el lector comprende el proceso mental de Juanita que le hace suponer que Damián entenderá la conexión (sólo sugerida, no explicada) entre la presencia de Manolo (Mongo) en la imagen y la firma de Juanita al dorso.

En «Esperanza...» son destacables los paralelismos expresamente buscados en varios momentos y de varias formas a lo largo del relato: muchos pensamientos y dudas de Esperanza se calcan luego en las palabras del diario de Julio; y sobre todo, las oraciones que concluyen cada una de las dos partes estructuralmente significativas del relato suponen un clarísimo paralelismo que incluye, además, un juego de palabras con la ambivalencia de las dos que componen el título.

En «El Quede...» subrayaría la presencia repetida de un recurso que yo llamo «la técnica del mosaico»: se ofrece una «pieza» (narración parcial de un hecho) que luego encaja con otra «pieza» (nueva narración parcial del mismo hecho, por otro personaje) para que al final el lector complete los datos y se haga una composición de lugar de lo que pasó. Un buen ejemplo sería el episodio del partido de tenis contra el capitán Bertomeu.



ACTIVIDADES

Asegurarse la comprensión lectora es fundamental antes de emprender cualquier tipo de explotación didáctica de los textos. Que los alumnos no sólo comprendan lo que leen, es decir, el significado de palabras o expresiones, sino que perciban el relato en su unidad estructural y comprendan también las situaciones descritas y los recursos utilizados. Propongo, pues, una serie de preguntas previas, que cada profesor, a su criterio, puede ampliar o modificar. A título sólo de ejemplo, aquí van algunas de las que podrían formularse:

Sobre «Añoranza de Lady Marian»

— Según se cuenta en el relato, Patricia dijo que Pedro se le declaró «literariamente» el mismo día en que se conocieron. ¿Podrías explicar el modo en que puede interpretarse que Pedro «se declaró», y por qué, en todo caso, su declaración fue «literaria»?

— Explica este comentario de Pedro hacia el final del relato: «*Se me nota mucho que a estas alturas el Celta y las borrascas son, por este orden, mis dos únicas esperanzas*».

Sobre «Blues del hampón»

— ¿Por qué Manolo llevaba a Juanita al cine Plus Ultra, y no a otro?

— ¿Por qué la Juanita adolescente le dio al hampón una dirección falsa?

¿Qué importancia tiene esto para el desarrollo posterior de los hechos narrados?

Sobre «Esperanza perdida»

— De forma secreta, Esperanza y Julio se atraían mutuamente. En caso de que alguno de los dos hubiera tomado alguna iniciativa, ¿quién crees que debía haber sido, y por qué?

— Explica el motivo por el que, en la última línea del relato, la palabra «esperanza» aparece escrita con la letra inicial en minúscula.



ACTIVIDADES

Sobre «El Quede y el Malaguita»

— ¿Por qué se conoce a uno de los personajes con el apodo de «El Quede»?

— ¿Por qué se dice que el Malaguita vivía en «*la esquina de los hijos de la gran puta*»?

A continuación se enuncian en forma de infinitivos algunos ejercicios basados en los cuatro relatos presentados:

Analizar la estructura y establecer los temas y subtemas del relato

El relato «Añoranza...» se estructura en tres partes, cada una de ellas articulada en torno a un medio de comunicación escrita: la carta que le llega a Pedro después de dos años sin noticias (I), la carta en clave que planea publicar en *El País* (II), y el telegrama que recibe al final (III).

Él siempre lamenta no poder comunicarse con ella y en determinado momento aparece el tema de la falta de confianza. El texto da pistas de que, a lo largo de sus once meses de convivencia, la falta de sintonía entre los sentimientos y los objetivos de Pedro y Patricia pudo haber contribuido a precipitar el final de la relación.

Busca ejemplos para estas afirmaciones:

- él quería un mayor compromiso
- ella sólo buscaba un modo de vida libre e independiente, sin ataduras

El autor encuentra un modo original de explicar esto a través de una frase que ambos utilizan de un modo diferente. ¿Cuál es esa frase?



ACTIVIDADES

¿Crees que este asunto de la comunicación/incomunicación es uno de los subtemas de este relato? Justifica tu respuesta.

«Escanear» el texto a la búsqueda de datos concretos

— Intenta localizar las siete referencias a la «esplendorosa sonrisa» de Patricia.

— En este relato («Añoranza...») la utilización del sentido del humor tiene bastante importancia. Busca ejemplos que lo demuestren: episodios cómicos, juegos de palabras, etc.

— En el relato «El Quede...» parece claro que al Quede le caía bien el Malaguita, pero no al revés. Busca los datos que lo confirmen.

— Haz una lista con los nombres de lugares de Málaga mencionados en los cuatro relatos: establecimientos, calles, barrios... (del presente y del pasado).

Leer entre líneas

Considerando el tema de una posible homosexualidad subyacente, ¿crees que el Malaguita o el Quede, o ambos, tienen tendencias homosexuales, asumidas o no? Justifica tu respuesta.

Analizar el uso del lenguaje

Establece una comparación, sustentada en datos y ejemplos, entre el nivel del lenguaje del Malaguita (fragmento I) y el del Quede (fragmento II).

Apropiarse del texto, sentirlo como algo cercano, y atreverse a recrear literariamente algunos aspectos

— Para ayudar a construir una sensación de familiaridad con los hechos narrados, el escenario donde se ambientan los relatos es la ciudad de Málaga.



ACTIVIDADES

Intentando emular el mismo procedimiento y asumiendo alguna de las técnicas estudiadas (por ejemplo, la narración subjetiva en 1ª persona), elige una de las siguientes tareas:

- a) Escribe un breve monólogo en boca de Patricia contando cómo conoció a Pedro (deben figurar las referencias al partido de fútbol y a la marisquería) y cuándo salieron juntos por primera vez (debe contarse qué hicieron y a dónde fueron, por qué lugares concretos de Málaga pasearon).
- b) Escribe los diálogos de una hipotética escena entre Esperanza, Dori y Candela (deben referir el momento en el que Esperanza le cuenta a sus amigas algún detalle de sus ensoñaciones acerca del «hombre alto y canoso»).
- c) Escribe el texto de un hipotético documento titulado «Carta abierta para Juanita, allá donde se encuentre», que supuestamente redactó Damián como reacción a la recepción en su domicilio del envío certificado con la maqueta musical del «blues del hampón» y la fotografía de Manolo.
- d) Prepara con un compañero la dramatización de alguna escena basada en los relatos. Se proponen como ejemplos: el diálogo final entre el Quede y el Malaguita (para el caso de dos chicos); una conversación telefónica entre Esperanza y su madre (para el caso de dos chicas); la charla entre Juanita y el músico, camino de Correos (para el caso de un chico y una chica).
- e) Elige uno de los cuatro relatos, e inventa para él un final diferente.

Separata



JUNTA DE ANDALUCÍA
Consejería de Educación
Delegación Provincial de Málaga